

La Historia no es el



**Enrique
Tierno Galván**

A veces se rompía la vida de conversación y de reflexión sobre los temas políticos y universitarios por alguna que otra incursión a los teatros o a los cines que nos atraían, bien por lo que considerábamos escándalo, o porque nos parecían, las obras que presentaban, de nivel intelectual superior al de los tópicos más manidos. Pero, pese a todo, notábamos lentitud en la historia. Sólo al final, muy al final del período republicano, percibimos la aceleración histórica y tuvimos la previsión de que algo irremediable iba a pasar, aunque esta previsión implicase la vivencia de que lo inevitable se estaba constituyendo en un hecho. A pesar de que el conflicto era previsible, el conflicto en sí mismo nos sorprendió. Sin embargo, entre libros y conversaciones el tiempo de la historia se deslizaba lento y, pese a todo, sereno.

No me atrevería a decir que sabíamos lo que queríamos. Sabíamos lo que podíamos querer. Queríamos la igualdad, la libertad y la utopía en la tierra. Pero en nuestra conciencia

estaba claro, aunque no lo confesáramos, que podíamos quererlo, pero no me atrevería a decir que de verdad lo quisiéramos. Sólo cuando la guerra estalló supimos lo que queríamos, y para ello hubo de transcurrir algún tiempo, hasta comprender que la Historia no es el camino de los cangrejos, y menos cuando los hombres tienen prisa. En el tiempo de preguerra vivíamos, pese a todo, despacio. Quizá nos diéramos cuenta inconscientemente de lo que se aproximaba y gozáramos del tiempo que vivíamos desde ese peculiar nivel académico en el que algunos participábamos con plenitud, aunque los que estaban metidos en la acción lo ignorasen.

No es que careciéramos por completo de acción. Anduvimos tanteando, otros compañeros y yo, por diversas organizaciones estudiantiles, pero el desengaño, precedido a veces del engaño, hizo que todos concurriéramos de nuevo al seno de la casa madre de los estudiantes liberales, a la FUE. Nos solíamos encontrar periódicamente en algún local del sindicato. Yo iba con frecuencia a unos salones que había cerca de la Plaza de España, en el edificio en el que está hoy la Asociación de la Prensa, y ahí oía, absorto y admirado, lo que decían algunos universitarios que estaban acabando la carrera o que ya la habían terminado. Empleaban expresiones que por sí mismas infundían respeto.

Recuerdo que uno de los dirigentes de la FUE se refería constantemente a nosotros como el "auditorio" y decía también, a menudo, "en este foro" y cada vez que pronunciaba la palabra "foro" para nosotros, jóvenes estudiantes de Derecho se abría un horizonte amplísimo de connotaciones históricas respetables que nos hacía ponernos muy serios y tener mayor sentido de

Aquellos dos años de Biblioteca Nacional, de vivir entre libros y de discusiones teóricas, fueron realmente dos años académicos. (*).

(*) *NOTA DE EDITORIAL: Este texto es el capítulo 7 del libro Cabos sueltos, cedido gentilmente por don Enrique Tierno Galván (Editorial Bruguera, Barcelona, 1981.)*

la responsabilidad frente a algo impreciso pero existente. Aquello impreciso pero existente no era, en resumen, más que el respeto académico que se ha ido perdiendo y no ha sido sustituido.

Recuerdo bien los muchos comentarios a las actitudes y los discursos de Largo Caballero. Algunos le tachaban de exagerado, apresurado y, con frecuencia, revolucionario, e incluso había quienes le acusaban de querer perturbar el orden necesario para que España sobreviviera. Otros le defendían. Yo no le conocía entonces personalmente salvo por la presencia en los mítines y en alguna conferencia, pero siempre me pareció un hombre íntegro que luchaba contra sus propios deseos. A mí me daba la idea, y aún hoy me ocurre así, de que Largo Caballero hubiera sido feliz de haberse mantenido como un obrero más luchando por la utopía, pero la carga del poder, que reduce siempre la utopía a lo posible, le mutiló. Luchaba contra su propia mutilación con un esfuerzo por quedar bien ante sí mismo que pocas veces tuvo el premio que merecía.

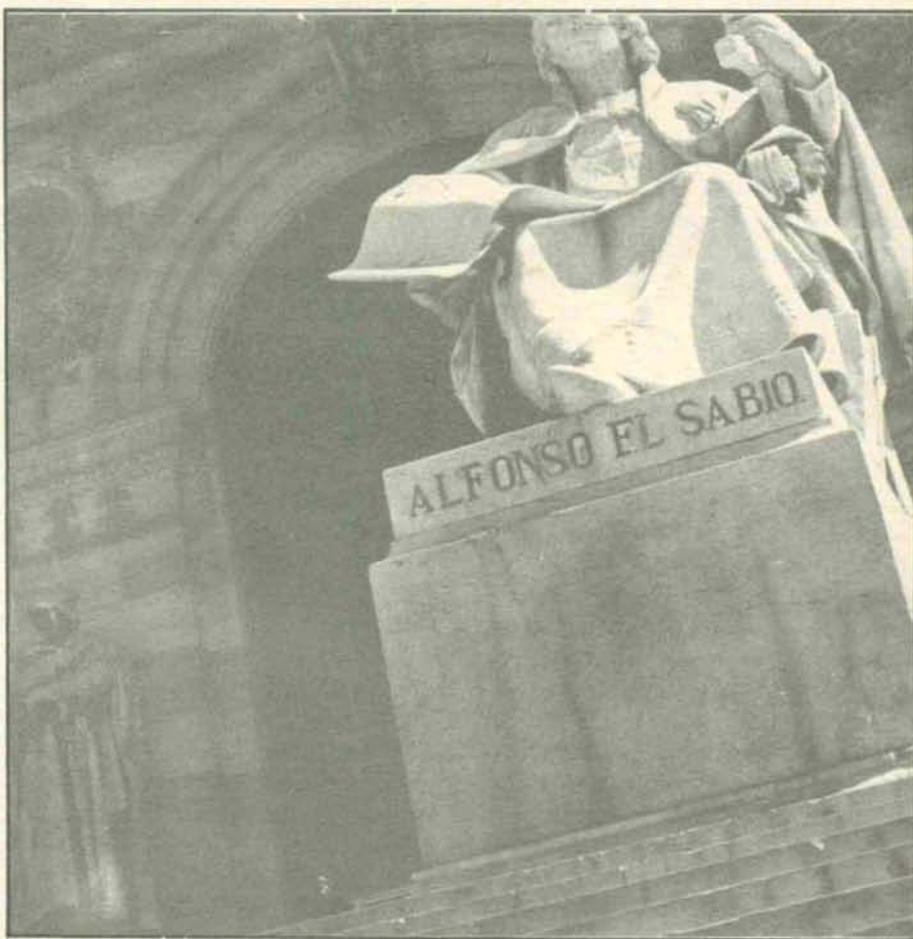
Los dos largos años de preguerra los recuerdo con intensidad y agradecimiento, porque nunca existió para mí la tentación escéptica ni hubo el menor desmayo. Visto desde hoy, preguntándome por lo que caracti-

camino de los cangrejos

zaba aquel período de juvenil madurez, me respondo a mí mismo que la característica mayor era la continua mezcla entre política y cultura. Cultura académica, primaria, secundaria y terciaria, pero cultura académica a través de libros, conferencias, seminarios y política. Lo que se oía en el Ateneo, se escuchaba en el teatro, se leía en los periódicos, las personalidades que nos servían de modelo y referencia estaban impregnadas de elementos políticos que a su vez se realcionaban estrechamente con los supuestos culturales. No existía alejamiento y mucho menos separación. Estar en la Universidad suponía por principio vivir la política, aunque no se fuese protagonista. Es exactamente lo contrario a lo que ocurre hoy. Por una división del trabajo que nace más del deseo de no comprometerse que de las exigencias de nuestra estructura social, los políticos se han profesionalizado y como tales profesionales no quieren saber apenas nada de la cultura académica en cualquiera de sus niveles. Sólo algún rato, cuando descansan, leen una novela u hojean un libro que les han dicho que bueno y que deben leer. Mala señal, en cuanto es propia de todas las insolidaridades.

La separación entre cultura y política es en sí misma perversa. Destroza el equilibrio de la sociedad y oculta la conciencia de lo universal, que son imprescindibles para que una comunidad no se corrompa y sus miembros no se dejen coger por la indiferencia y la despreocupación respecto de todo lo que no sean ellos mismos.

Nuestra obligación como políticos, me refiero a los políticos de esta hora, sería volver a enlazar cultura y política. Es difícil, sobre todo cuando no existe en general, la conciencia de la necesidad de entremezclar



Entrada a la Biblioteca Nacional de Madrid.

una y otra. Pasados unos años aparecerá claro otra vez, a nuestros ojos, que no se pueden separar. En cualquier momento de creación se ve nítidamente que nada es ajeno a nada en el orden de las teorías, en el de las ideas o en el de la convivencia. Pero ahora que no estamos en un período de creación, sino de declinación de pequeñez y ramplonería, todo es ajeno a todo y en estas ajenidades, la más profunda y peor es la que separa la cultura de lo que en términos generales se llama política y en términos concretos, el saber de los políticos.

Es tan clara esta diferencia, que he estado buscando entre los estudiantes de uno y otro sexo, modelos que pudieran indicar que había reaparecido el viejo y necesario esquema, pero no los encuentro. Encuentro al titulado indiferente que

busca colocación o al político profesionalizado que quiere hacer carrera dentro o fuera de los partidos.

Los años a los que me refiero no rompieron con la llegada de la guerra. No obstante, cuando la guerra empezó teníamos la visión de las referencias de aquellas grandes personalidades respecto de las cuales nos sentíamos inferiores y obedientes. Algunos nos decepcionaron muchísimo. Recuerdo la decepción que me causó Unamuno cuando me enteré de la carta que había escrito a los rectores de las universidades extranjeras, y de su propia actitud inicial.

Durante la guerra y después de la guerra fueron cayendo los ídolos; pero si los ídolos se hundieron, los libros se salvaron. Es cierto que durante los veinte primeros años de dicta-

dura franquista sólo quedaron como guía las obras de la generación del 98 y de los que estaban en torno a esta fecha, pese a todas sus imperfecciones y vicios. Quizá no convenga simplificar tanto. No eran sólo las gentes del 98, también sus coetáneos quedaron. Se leía a Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y algunos más recientes. De éstos hay algo que es de suyo angustioso, me refiero a la "generación perdida". No se si emplear el plural y decir "generaciones perdidas".

Cuando repaso las colecciones de "La novela de hoy", del "sábado" y otras más de las que siguiendo el ejemplo de Sáinz de Robles habrá que ocuparse que recogían los ensayos de quienes iniciaban su vida literaria o a los conferenciantes del tiempo y los primeros tanteos de científicos incipientes, siento como algo personal el vacío de aquella generación desaparecida. Sobre todo si pienso en mis amigos muertos en la guerra. Imagino que algún día habrá quienes se ocupen de aquellos jóvenes de veinte, veinticuatro o veintiocho años, que murieron en la contienda

cuando apenas empezaban a escribir literatura, a investigar y trabajar en la especulación científica. Alguna vez habrá que pensar, de acuerdo con la práctica y la reflexión, cuáles han sido las consecuencias de no haber tenido un eslabón que capitanease la cultura entre la generación anterior y la posterior a la guerra. Pero es cierto que no sólo por razones de desaparición física faltó el eslabón, sino también por la torpe persecución franquista. Después de la guerra continuamos dependiendo de la generación del 98. No teníamos nadie nuevo a quien referirnos, salvo excepciones. Seguían presentes don Blas Cabrera, don Ramón Menéndez Pidal, don José Ortega y Gasset, Baroja, Azorín, etc.

Como no aparecieron grandes innovadores, se notaba el vacío que dejaron aquellos que debían haber sido un puente entre los que, en términos generales, llamaremos noventaochistas y nosotros. De aquí que, admitámoslo o no, somos hijos de la generación del 98, aunque históricamente se nos considere nietos. Por otra parte, nosotros tampoco hemos hecho nada o casi nada, me refiero a los que tenemos ahora alrededor de los sesenta años. Somos culpables de que las traducciones tengan más importancia para los jóvenes españoles que lo que inventan y escriben en lengua vernácula sus compatriotas. Se que la culpa es fundamentalmente del régimen autoritario, pero, en rigor, hemos de admitir que también es de nosotros, repetidores eternos de viejos conceptos. Se percibe esto en nuestra independencia y arbitrariedad, a veces también en nuestra falta de sistema. Me parece que en los políticos es perceptible la falta de ese eslabón en la cadena, porque los jóvenes falangistas y jonsistas que sobrevivieron no eran un eslabón de nada, es más, muchos de ellos se consideraban "noventa y ocho" al pie de la letra, mucho

más que los pocos de entre los "rojos" que nos esforzábamos por salir de la cárcel intelectual de la herencia que nos dejaron los pensadores del primer tercio del siglo.

Un ejemplo espléndido de todo esto puede ser Dionisio Ridruejo. Yo le conocí tarde, diría que muy tarde, porque más o menos el conocimiento ya maduro se produjo con relación a lo que fue el escándalo de Munich. Le conocía de bastante antes, aunque la madurez de nuestras relaciones llegó con este conocimiento. El año 53 le había tratado por primera vez y en el 55 andaba en la modesta, y en cierto modo para él heroica, conspiración de aquellos meses. En el 57 estuvimos unos días juntos en la prisión de Carabanchel. Esto me bastó para interpretarle. Su entusiasmo respecto de Machado y su incuestionable liberalismo, el ser Ridruejo de Soria y pertenecer yo también de modo muy hondo a la misma región, me permitían entender mejor su intimidad e incluso su conducta.

El Dionisio Ridruejo falangista, uno de los prohombres circunstanciales durante la guerra, se anulaba en las contradicciones propias de un discípulo del noventa y ocho a distancia. Sus esfuerzos por ser del presente estaban siempre condicionados por su irremediable permanencia en el pasado. Particularmente porque era un esteta. A quienes no teníamos ambiciones literarias ni artísticas y cultivábamos el Derecho, la Sociología, la crítica lingüística o la filosofía, nos era más llevadera la situación de ambigüedad y duplicidad y creo que se nos notaba menos la ambición de sobresalir, que es la expresión más alta de la ambigüedad y también su manifestación más perceptible. Pero en casos como el de Dionisio Ridruejo, la situación y al mismo tiempo las actitudes eran siempre difíciles porque resultaban irónicas, un falangista, que seguía siendo un



Alegoría satírica de Vicente Blasco Ibáñez.

observador liberal y escéptico, como la mayor parte de los del noventa y ocho y, a la par, un hombre atropellado por la guerra y desorientado que buscaba su norte. Ambas cosas, que eran reales, se disimulaban y cobijaban detrás del antifaz de convencimientos y radicalismos absolutamente falsos. Por eso hizo muy bien Ridruejo al dejar la falsedad radical, buscar su propio destino y aprovechar la ocasión que deparó la caída de Serrano Suárez para salir de la trampa y saber qué podía querer y qué quería. Lo que podía querer las circunstancias se lo mostraron, pero lo que quería lo aprendió tarde. La lucha interna y exterior en Dionisio Ridruejo nos sirvió a muchos de buen ejemplo para ver claro y nos permitió reflexionar mejor desde los mismos u otros supuestos. Tendré nuevas ocasiones de hablar de Dionisio Ridruejo, pero no me parece conveniente, ahora ni después, añadir qué problemas gravísimos me contó una vez, durante un largo paseo, estando ya relativamente próxima su muerte.

Todo cuanto llevo, acumulado hoy en la memoria, me hace ver más claro respecto de aquella oquedad que la guerra abrió y que no se llenó con nada, porque los cadáveres no llenan huecos de la historia; al contrario, los hacen más grandes.

Mas volvamos al hilo de lo que puede entenderse como narración principal. A la biblioteca de la calle del Duque de Medinaceli concurría con menos frecuencia, pero no pasaba semana sin que fuera a visitarla. Era una biblioteca no muy grande pero selecta, que para los estudios de letras, sobre todo literatura y filosofía, resultaba mucho más cómoda y mejor que la propia Biblioteca Nacional. Allí no había tertulias, las conversaciones eran cortas y en la puerta de la calle. Veía, sobre todo, a alguna muchacha de mi propia clase de Literatura o Introducción a la Filosofía, que por entonces



Francisco Largo Caballero.

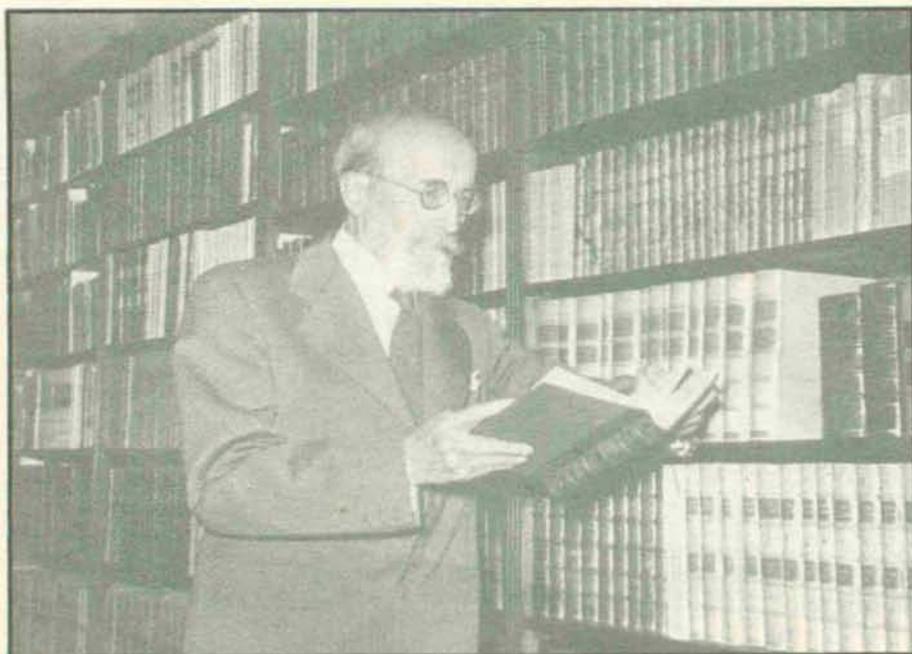
daba don Vicente Gaos. Recuerdo a una, buena conocedora del griego, que se sentaba junto a mí y solía ayudarme en los pasos difíciles. La recuerdo con sumo gusto y mucho agradecimiento, pues me enseñó a manejar bien los diccionarios clásicos, los grandes diccionarios críticos alemanes, para orientarme en el mundo laberíntico de las ediciones de los filósofos griegos.

Había otra, una muchacha que estudiaba en el mismo curso, el primero de comunes, y tenía una enorme predilección por las preguntas de carácter metafísico referente a temas en que muchas veces la pregunta no tiene más sentido que la propia intención del preguntar. Sin embargo, me complacía acompañarla un largo trecho, que podía llegar hasta el Retiro, bordeando gran parte del parque. Otras veces íbamos hasta casi el antiguo Hipódromo. Escuchaba sus opiniones, intentando penetrar en el significado de preguntas como ¿qué es el ser?, ¿qué es la vida?, y otras análogas.

El espectáculo de aquella inteligencia fina y sedienta buscando respuestas propias y acabadas, resultó sumamente aleccionador. Yo creo que las conversaciones con mi compañera de estudios que, repito, se

daban en paseos muy largos, a veces enriquecidos por pausas, sentados en los bancos o aliviados con algún café tomado para sobrellevar el frío, aprendí a desconfiar respecto de lo que creemos descubrimientos valiosos en el ámbito intelectual, que apenas tienen más alcance que el de renovar las preguntas y exigir más respuestas. Algo parecido a un escepticismo ponderado que, sin excluir la necesidad de inquirir, me ha hecho vacilar siempre antes de quedar satisfecho con las respuestas. Quizá desde entonces he tenido dificultades para embarcarme en ninguna concepción del mundo sistemática, elaborada metódicamente, con un criterio metafísico que se despliega desde el hallazgo de unos fundamentos inmovibles.

En la Biblioteca Nacional aprovechaba el tiempo con mis compañeros para leer, sobre todo, de temas jurídicos, particularmente los que se referían a Derecho Político. Don Nicolás Pérez Serrano, con su gran capacidad persuasoria, su método claro y notable habilidad de comentarista y glosador, nos permitía sacar consecuencias de las consecuencias e impulsaba a todos a estudiar la Constitución del 31, analizar su alcance y encontrar las compa-



Ramón Menéndez Pidal.

raciones mayores y más sobresalientes con otros textos análogos.

A don Nicolás le debo el primer impulso de estudiar con especial interés la disciplina que constituye el Derecho Político o Derecho Constitucional a la que, pasados algunos años, me dedicaría con mayor empeño.

El estudio universitario no tenía nada de abstracto, de lejano ni de exclusivamente académico. Se vivía todos los días en la práctica, y cuando nos ponían un caso práctico podíamos confirmarlo en las sesiones del Parlamento, a las que asistí como estudiante alguna vez y que me causaron siempre una impresión sumamente penosa. Tuve que luchar contra mí mismo para no incurrir en la crítica acerba del sistema parlamentario, porque me pude dar cuenta de que, aunque malo, era realmente el medio del que disponíamos para avanzar por el camino del progreso y de la igualdad, no sólo política, sino también social.

En el Parlamento oí grandes y buenos discursos y pude valorar las distintas clases de oratoria política. Aprendí entonces, o creí aprender, que la mejor oratoria en un Parlamento, lo mismo que en la clase, es la que fija las ideas y sujeta al auditor

sin permitirle distracción alguna. Dos clases de parlamentarios había desde el punto de vista de la oratoria, hablando en general y excluyendo los matices. Quienes hacían preguntas normalmente retóricas y quienes formulaban el discurso reflexionando sin preguntar. Los que preguntaban enlazaban con la tradición parlamentaria clásica y quizá fuesen los que más llamaban la atención, aunque por lo común tenían menos contenido. Por el contrario, quienes seguían su propio discurso empeñándose en una reflexión en la que parecían ignorar al auditorio, formulaban las opiniones con mayor densidad y exigían mayor atención, aunque el propio orador no la reclamase con el tirón de la pregunta.

De los oradores reflexivos y capaces, Azaña quizá se llevase el premio. De los que eran dados a las preguntas, había muchos. Casi todos ellos de menor calidad que don Manuel.

En el Parlamento no sólo encontré la dificultad de que no era fácil creer en sus virtudes, sino que tuve la experiencia, yo diría que intuitiva más que percibida con la práctica y en sosiego, de lo que el político es en cuanto llega a poseer los caracteres de un profesional. El

político que se interpreta a sí mismo y a los demás como personas atareadas en un sólo quehacer, incluido en un ámbito propio del que no puede salir, porque parecería desleal e irresponsable, acaba perdiéndose para la generosidad e, incluso, en muchos aspectos para la honradez.

Las grandes personalidades me parecía que no eran propiamente políticas. Unos eran científicos, otros literatos o profesores, pero los que practicaban la política como una profesión se hacían cada vez más pequeños en estatura moral y más rígidos en sus concepciones. A veces lo comentaba así con algún amigo, que subía y se sentaba en la tribuna a oír las intervenciones. Nos fijábamos con curiosidad en los jóvenes, por lo común vestidos de oscuro, muy ajetreados, que dejaban su asiento para hablar con personas de mayor edad, tratándolas con respeto y simpatía aparente y buscando su aprobación.

Cuando muchos años después he ido al Parlamento y no sólo a contemplarlo desde la tribuna pública, he comprobado que aquella inicial y casi infantil experiencia era verdadera. Esto me ha empujado a huir siempre que he podido de la actividad política en cuanto actividad profesional y también a eludir llegar a la cumbre de la profesionalización, haciendo de la política un medio de vida. De este modo he intentado evitar la pequeñez y la rigidez. Es una lección que me alegra, aún ahora, haber aprendido tan pronto, pues permite conservar la generosidad y un horizonte amplio intelectual e incluso sentimental.

Entretanto, en la calle — prosigo mi discurso — crecía el desorden, no tanto por los tiros y las muertes, como por el convencimiento moral que teníamos quienes vivíamos en Madrid, de que el desorden no se iba a detener. No se veía su fin por medios pacíficos.

Ya he dicho que cuando esta-

lló la guerra estaba impregnado de este convencimiento e incluso tenía la previsión, más o menos difusa, de que había de sobrevenir algún autoritarismo.

Con la muerte de Calvo Sotelo, la conciencia de lo irremediable se hizo más profunda. El recuerdo no intelectualizado, sino puramente sensorial, lo vinculo al calor y a las canciones populares que se oían con mucho ruido por todas partes, y al uso excesivo de radios puestas con volumen muy alto. El recuerdo fonético y casi epidérmico de la temperatura alta lo mantengo irremediablemente asociado al fin de la República y el comienzo del gran desorden.

Me viene a la mente, ignoro la razón, una persona notable de la que algo quiero decir, que me permite establecer una comparación que tiene en sí misma importancia por la propia distancia temporal de los términos que se comparan. Me refiero a Gil Robles, porque entonces conocí a Gil Robles, y después he conocido a don José María Gil Robles. Quiero decir que la notoriedad política conlleva la familiaridad y la vida privada la distancia; en el teatro con el común de las gentes.

Gil Robles era entonces una persona relativamente gruesa, con apariencia de quien tiene más aspecto nervioso que la condición de nervioso. De oratoria fluida y respuesta ágil, reflejaba una inteligencia rápida y al mismo tiempo algo que se asemeja a una profunda insatisfacción. Quizá me equivoque, pero entonces e incluso después de la guerra, he tenido la idea de que había algo que le obligaba y que soportaba, pero de lo que no estaba satisfecho. A mi juicio, don José María nunca tuvo la oportunidad de ser un estadista que trabaja por el Estado y por la Nación, sino un político condenado a trabajar por intereses muy concretos de clase y de partido. Esto debía repugnar a Gil Robles. Me parece que se sentía pro-

fundamente descontento. Es una apreciación que después, en cierto modo, he confirmado, ya que cuando tuve ocasión de volverle a ver por los años 57, y accedió a firmar una carta que enviamos a Francia por un procedimiento secreto, encontré que coincidía más consigo mismo que aquella otra personalidad de la República que hablaba con firmeza y agresividad en el Parlamento. Sospecho que los muchos años de exilio, el sufrimiento, la certeza de no haber comprendido bien a otros y de no haber sido comprendido bien por los otros, le daba una tranquilidad que nacía de la independencia y de la posibilidad de reflexionar e incluso arrepentirse. Me parece que sus limitaciones durante el período republicano le impedían vivir así y le producían un enorme descontento que, sin traslucirse, se percibía en ocasiones. A mí, al menos, me pareció percibirlo.

Todos pasamos, en muchísimo menor grado, la experiencia de Gil Robles. Según nos acercábamos a la guerra se hacía más difícil la convivencia ponderada con los compañeros,

con los amigos e incluso con los vecinos. Sin embargo, pasé bien esta prueba, sin grandes dificultades. Las asperezas en la convivencia nacen muchas veces de la excesiva preocupación por los modos de convivir. El estar más o menos distraído o abstraído y no conceder al hecho de convivir nada más que la importancia que los otros, en cuanto personas, merecen, me sustrajo a muchas preocupaciones. A veces, la demasiada importancia que con absoluta falsedad nos concedemos a nosotros mismos hace que mengüe nuestra independencia y sosiego.

El agradecimiento psíquico y mental del desorden es peor que el desorden mismo aunque, si bien se mira, había razón de sobra para estar tan preocupado por los hechos como lo estaba entonces el ciudadano medio. La medida del desorden era la inquietud creada por el rumor, las noticias deformadas, el convencimiento profundo de que las dificultades ideológicas para entenderse unos con otros se convertirían abiertamente en hostilidad y agresión y que, cualquiera que fuese el grado de



Dionisio Ridruejo en compañía de Gonzalo Torrente Ballester.

violencia real violencia mayor y más temible. En cierto modo, lo contrario de lo que se está viviendo cuando escribo estas páginas. Ahora, el nivel de ambivalencia entre pesimismo y optimismo es relativamente alto, mucho más de lo que era entonces. El Estado está mejor organizado y el miedo provoca mayor espanto y hace víctimas en sectores que, pese a todo, no ven otra salida racional que la de continuar. Tenemos hoy la conciencia de que viajamos en un barco que no permite el trasbordo.

De lo que entonces pasó, refiriéndolo a la clase dirigente con algún ejemplo, basta el que he citado del asesinato de Calvo Sotelo. Las otras referencias descienden de pronto apuntando a algún militar de graduación media. Las demás se resolvían en querellas, a veces mortales, entre militantes de uno y otro partido, que no descollaban especialmente. Los

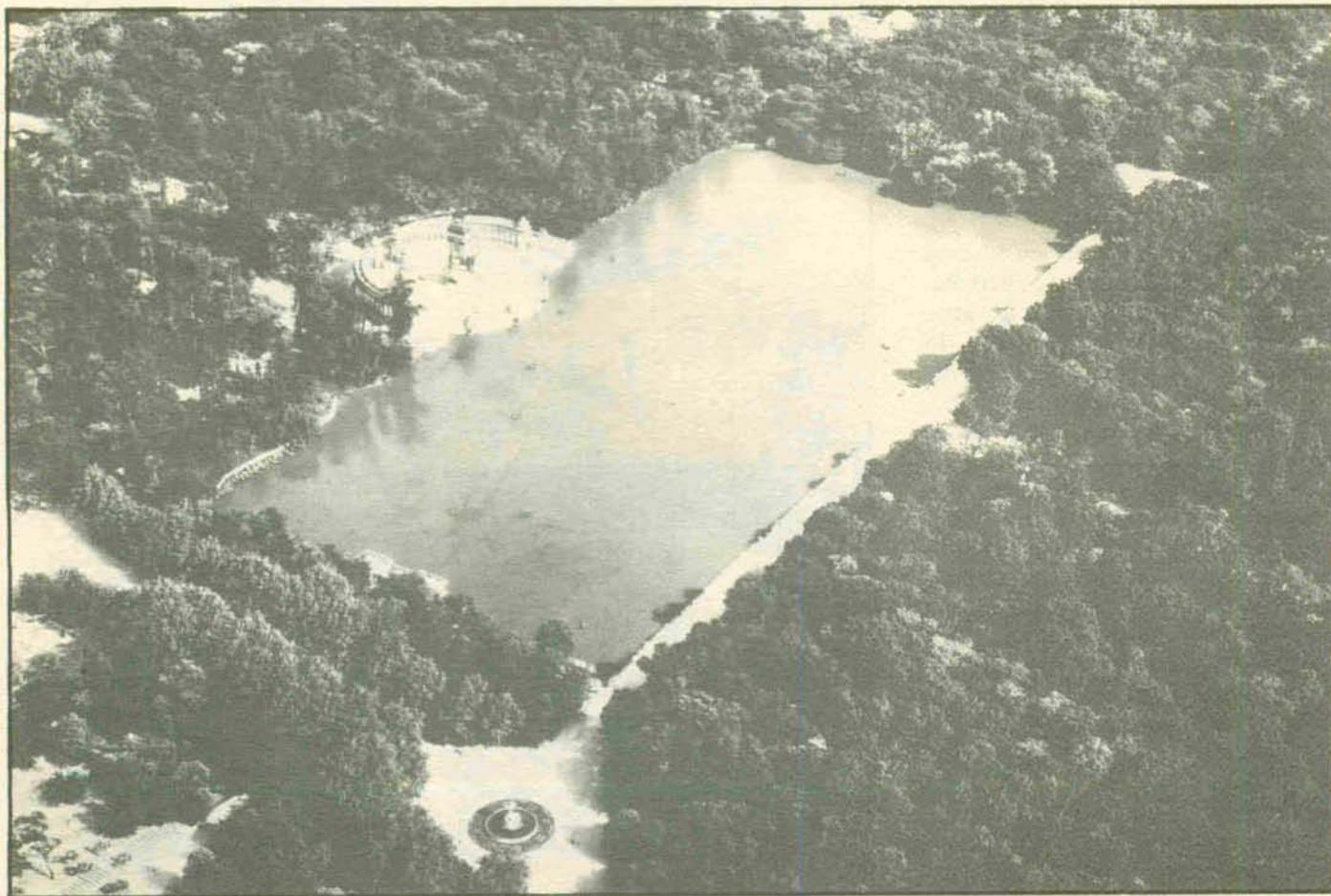
atentados como el de Jiménez de Asúa no se repitieron en exceso. Sin embargo, la conciencia de la proximidad de la violencia grande, colectiva e inevitable, era mucha.

Contribuían a crear esta conciencia generalizada de desorden las leyes del gobierno republicano que alteraban la situación social heredada de la monarquía, fundamentalmente del canovismo. Leyes como la de la reforma agraria, que provocan desconfianza, miedo y reacciones de hostilidad entre la burguesía del campo. El divorcio, que ponía en juego las respuestas convencionales de la clase media. Las leyes relativas a materias de culto y clero que implicaban también reacciones de violencia contenida o explícita en una gran parte de la población rural y urbana.

Muchas veces se ha comentado el vacío que existía entre los republicanos, teóricos de laboratorio que concibieron el

modelo de una España alejada de la realidad social definida por la ilustración de la clase liberal dirigente tal y como estaba reflejada en la Constitución y las aspiraciones del proletariado insurgente. Este hecho convertía a la Constitución en una norma casi quimérica, pues quimérica tiende a ser cualquier Constitución que no expresa la realidad social y económica. La España bella y lúcida pero irreal, sellada por el texto constitucional, no encajaba en el tejido vivo de la convivencia. De este modo, el texto de 1931 se parecía al de 1812 en cuanto los dos tendrían que esperar tiempo para que el proceso de la historia forjase una sociedad a la que fuese posible aplicarlos.

La Constitución de 1931 ha necesitado cuarenta años largos de tristezas y falsa abundancia para que la sociedad española tenga la suficiente flexibilidad y modernidad que le permita



Vista aérea del estanque del Retiro.

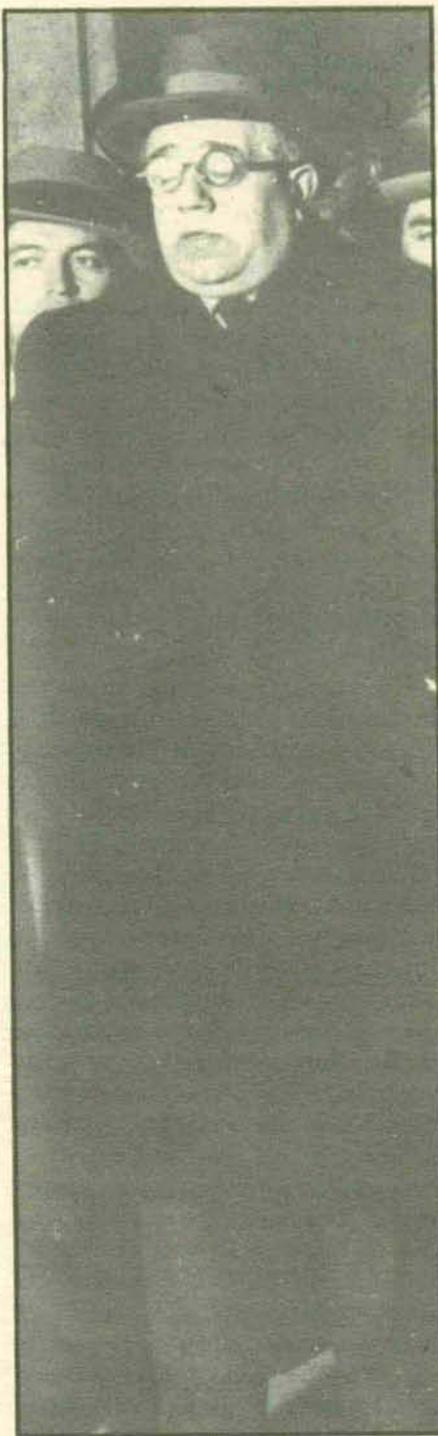
recibir los principios constitucionales que, expresados con menos lucidez, se recogen en la Constitución de 1978. Es notable la tendencia quimérica de las Constituciones que establece paralelos tan incuestionables como el que hay entre la Constitución del 12, en cuanto "constitución del futuro" y la del 31, como "constitución futurable".

De los grandes temas el que más se discutió por la clase media, pero no por lo que llamaríamos convencionalmente el proletariado ni, según lo que recuerdo y he leído después, por la alta burguesía, fue el divorcio.

Para la clase media, incluyendo en esta expresión una franja muy ancha de la sociedad española, acepta el divorcio era admitir que por parte de la mayoría se había perdido sacrificio personal, tiempo y, también, que las pocas cosas inmutables que se admitía que quedaban iban desapareciendo irremediabilmente. No hubo resignación ante la pérdida de lo que se consideraba inmutable o permanente. No existía conciencia tan profunda como la de lo perecedero ni tan profundo escepticismo como el de hoy.

Muchos no caímos en el escepticismo absoluto por la sencilla razón de que no se puede ser escéptico con entusiasmo; al menos con un entusiasmo hondo y real, no fingido. Cuando se han perdido los entusiasmos y se puede ser plenamente indiferente, aunque con amargura inconfesable. Aceptar en aquel tiempo de entusiasmos el divorcio era para la clase media tanto como aceptar que se estaba perdiendo el apoyo personal y colectivo de los miembros de un grupo, que se fortalecía respondiendo a sus propias exigencias. Hoy la clase media está mucho más desperdiciada y menos definida de lo que estaba entonces.

Los comentarios que oía fuera de los ámbitos académicos eran casi todos condenato-



Manuel Azaña.

rios del divorcio. Sólo los más progresistas aceptaban la idea. Decir sí suponía una declaración atrevida de liberalismo sospechoso, teñido de tendencias revolucionarias, excluyendo, como es lógico, las excepciones.

De mis recuerdos entresaco el de un profesor de música a cuya clase asistía para que me enseñase violín, que nos advirtió que se iba a divorciar. Perdió alguno de sus alumnos, par-

ticularmente alumnas, porque sus madres, asustadas, las retiraron.

Cuando la ley de divorcio se promulgó y se aplicó hubo bastante gente que se acogió a ella, pero no demasiada. No porque no existiría en la conciencia de muchos el convencimiento de que para su propia felicidad, para la felicidad de la otra persona e incluso para los hijos, el divorcio era bueno, sino por el miedo a los demás, el miedo al "qué dirán", fortísimo siempre en España.

Nuestro desarrollo en el orden de las formas de vida y de los modos de convivencia se puede medir razonablemente por el menosprecio cada vez mayor al "qué dirán". Incluso en los pueblos, lo que los demás opinen empieza a tener menos importancia. Esto significa un cambio profundo, porque en España tradicionalmente se llamaba honra a la respuesta personal respecto de la opinión de los otros, hasta el extremo de depender de ella.

Mantenia yo relaciones continuas con personas de diferentes estratos de la clase media y a través de los periódicos me informaba de la opinión de otros sectores. Esto contribuía a que la conciencia de desorden psíquicamente ampliado a la que he aludido antes fuese en mí grande y poderosa. Por otra parte, metido en el ámbito familiar, sin demasiados contactos con organizaciones políticas o sindicales, mantener una actitud predominante de observador, aunque sin negarme nunca al compromiso, era fácil.

Recuerdo que, a pesar de las inquietudes y algarabías de gentes que gritaban una u otra cosa, de las manifestaciones, de los grandes desfiles de obreros con pañuelos rojos y alpargatas, que marchaban con tono amenazador en grandes formaciones, vivía tranquilo en mi casa en la que sólo el ceño de preocupación de mi padre y sus mutismos cada vez mayores ponían un dejo de alarma, que rara vez se formulaba en una

opinión explícita. Se avecinaban días de gran entusiasmo mezclado con mucho sufrimiento. Los jóvenes teníamos fe.

En las guerras, al menos así fue en la guerra civil española, hay siempre un foco de lozanía, entusiasmo y generosidad que hace que la corrupción, el egoísmo, la deslealtad parezcan circunstanciales, excepcionales y siempre extrañas al propio proceso. Después, los términos de la relación se alteran y lo que llega a ser extraño y excepcional es la honradez y la lealtad.

No quiero concluir este capítulo sin hacer otra reflexión porque, pese a lo que acabo de decir, cuando la guerra concluyó permanecía intacta la fe de muchos de los jóvenes en las ideas y en los hombres.

Se ha extendido la especie de que acabamos la guerra absolutamente faltos de capacidad de respuesta, escépticos y persuadidos de que nos habían embarcado en una estúpida aventura. Eramos muchos los que teníamos algunas razones para que se inclinase en este sentido nuestros pensamientos y, sin embargo, seguimos convencidos de que nos había derrotado una coalición de poderes prácticamente invencible. Conservábamos el entusiasmo y la conciencia muy clara de que, antes o después, la Razón, que en este caso equivalía a nuestras razones para luchar y mantenernos en nuestros principios, acabaría por triunfar. De no haber sido así, nos hubiéramos metido todos en la penumbra de la vida privada y neutral respecto de los acontecimientos políticos, y poca o ninguna inquietud hubiera tenido el general Franco y los que le servían.

Crecieron durante la guerra tópicos que después impondría el nuevo régimen, Tópicos nacionales e internacionales. Los nacionales son de sobra conocidos por casi todos, porque hasta hace pocos años han subsistido, aunque desgastados y sin vigor. Los internacionales

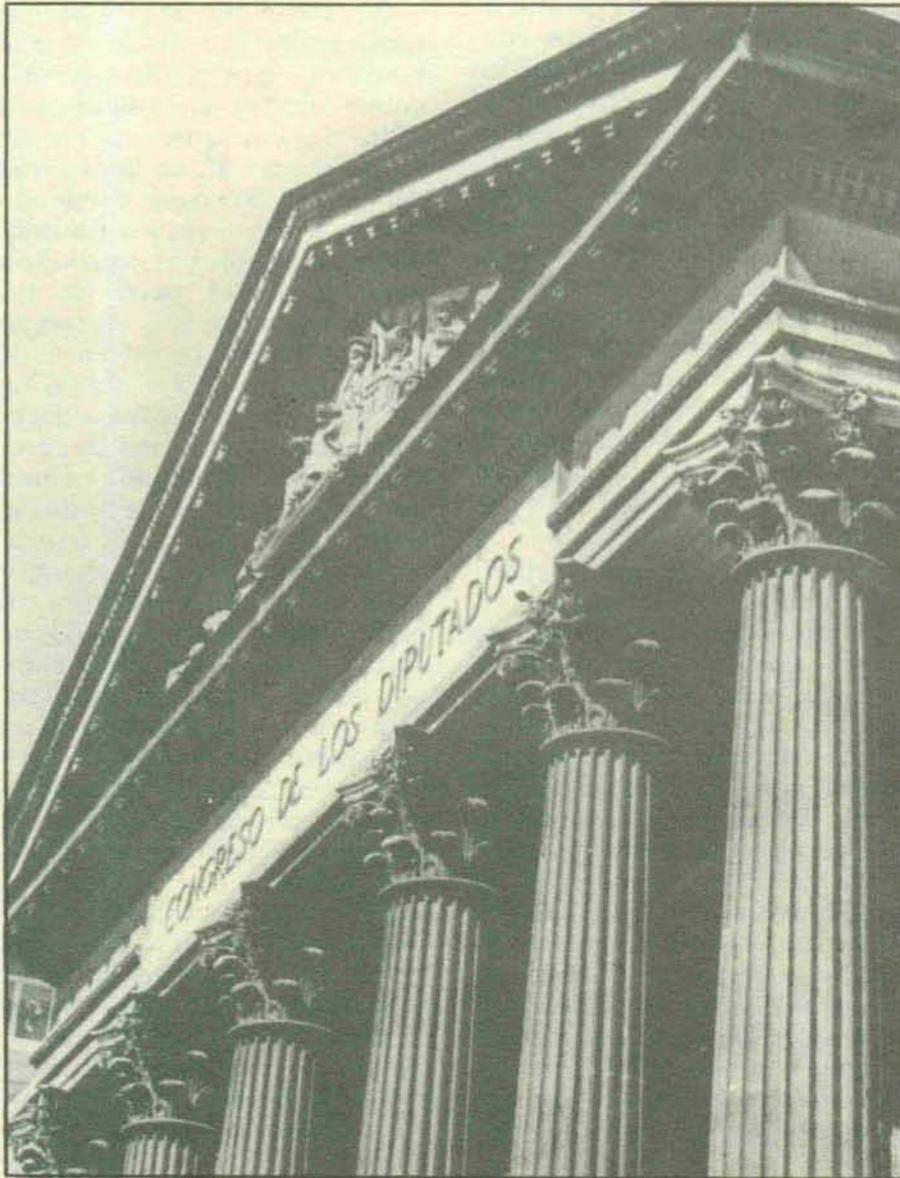
también, e incluso yo diría que más, porque, en cierto modo, aún subsisten. Significa esto, a mi juicio, que había una red profunda de intereses que definía la posición de España en el mundo y, en cierto modo determinaba lo que políticamente había de ser.

Creció el tópico de la maldad comunista. Creció el tópico, parejo, de la bondad de los países occidentales y democráticos. Este último con algún esfuerzo, porque se le oponía el tópico contrario de la grandeza de los fascismos particularmente de la grandeza y fortaleza del Estado alemán y, en términos generales, del pueblo alemán.

En nosotros, los jóvenes derrotados, se producía una nueva contradicción y, en cierto modo, un conflicto más entre nuestra propia experiencia y lo que de nosotros exigía la Historia. La Historia nos pedía que defendiésemos la posición norteamericana, la francesa y la inglesa y nos enfrentásemos con las posiciones totalitarias, lo que era tanto como enfrentarse con el régimen español, y ése era, sobre todo y particularmente, nuestro deber. Pero la Historia que nunca está exenta de ironía, nos pedía algo que nos repugnaba, porque o ignorábamos que nuestra derrota había sido acuñada por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, es decir, los que iban a ganar la segunda gran guerra y los que la propaganda quería convertir en nuestros aliados y protectores. Sabíamos, y la experiencia lo fue demostrando, que no era sí, y que sólo querían tenernos por aliados en función de intereses muy concretos; no en defensa de los que habían sido vencidos y que, en principio, eran los más próximos ideológicamente a los que los países democráticos decían defender.

Esto creó en muchos de los que habíamos quedado en España e intentábamos de un modo u otro mantenernos firmes en nuestras posiciones políticas y en nuestra concepción

del mundo, una situación extrema de perplejidad intelectual e inquietud psíquica, ya que los grandes países democráticos a los que teníamos que vincularnos si queríamos tener posiciones claras, eran los que sostenían el régimen de Franco. Hay que hacer una excepción con los comunistas, que entonces no eran muchos, los cuales tenían menos perplejidad y menos inquietud porque seguían una línea recta y clara. La perplejidad crece con la ambigüedad y el Partido Comunista no ha entrado en la ambigüedad hasta que, arrastado por consideraciones estratégicas y tácticas de importancia, se ha convertido en lo que comúnmente llamamos eurocomunismo. Pero más allá de la perplejidad, del desconcierto, quizá, sobre la propia ironía de la Historia, estaban los convencimientos profundos. Me atrevería a decir, que, sobre todo y particularmente, entre quienes sostenían, o mejor dicho se sostenían sobre supuestos ingenuos pero claros, como eran los principios anarquistas. Esta ingenuidad y los principios —de ahí la fuerza del anarquismo— no eran propiamente políticos, sino morales. De una moral que impregnaba una concepción del mundo y tenía una gran salud, en cuanto era una moral utópica. De esta moral tardamos en curarnos, algunos no nos hemos curado nunca de ella. Pero al poco de acabar la guerra se planteó el problema de la práctica y de acercarse a los hechos de tal manera que no se nos escapasen, de un método suficiente para conducirlos según nuestros intereses. De aquí que muchos tuviéramos que optar por partidos y entrar en el juego de éstos sin el distanciamiento ni el olímpico desprecio que el anarquista suele adoptar hacia las formaciones políticas en grupos. Para poder hacer algo era necesario hacerlo con los demás, con disciplina y en conexión recíproca los diferentes partidos. Esto se tardó en



Fachada del Palacio del Congreso de los Diputados.

conseguir, más por unos que por otros. Algunos ni siquiera lo intentaron. En términos generales se demoró bastante, porque si bien la ilusión de los que estaban dentro de las cárceles era firmísima, para los que estábamos fuera de ellas la certeza no era tan firme, en cuanto a la próxima caída de los que habían ganado la guerra. La derrota nos dio un sentido práctico, como suele ocurrir con todas las derrotas en cuanto atañe a los vencidos. El vencedor puede gozar de las ventajas de defender quimeras de un modo u otro, porque siempre tiene la fuerza de la victoria. Pero los **vencidos, si quieren hacer algo**, tienen que someterse a la práctica y olvidarse de muchas de

las ideas generales y de los paraísos soñados. Era esto cierto en general y en cada caso particular.

Hubo quienes se aplicaron a los negocios, los más absurdos negocios. Quienes se entregaron simplemente al estudio, quienes se ocultaron en el campo y allí trabajaron; pero nadie escapó de la práctica. Fue una gran lección, que aprendimos poco a poco: que los vencidos tienen que convertirse en amantes de lo concreto y saber vivir entre las cosas, lo mismo en los campos de concentración de Francia que en el Madrid cotidiano de posguerra. «El hambre —dice uno de nuestros proverbios— es buena maestra de la vida.» Las leccio-

nes del hambre son siempre lecciones prácticas. Luchamos incluso para conseguir los libros que no teníamos y seguir aprendiendo los idiomas cuyo aprendizaje habíamos iniciado o perfeccionado durante la guerra. Se nos veía con el diccionario en la mano, intentando completar lo que no habíamos podido aprender. Situación difícil, porque apenas cabía salir fuera de España y, por otra parte, el quehacer durísimo de ganar para vivir no permitía demasiado tiempo para estudiar. Este no fue mi caso en concreto, pero por lo general ocurría así.

Pocas veces, me parece, la juventud ha visto de un modo tan claro que para sobrevivir hay que dejar de soñar en el futuro y quedarse a solas con el presente, y pese a todo, los vencidos, a solas con el presente, no dejábamos de tener una gran confianza en el futuro. Imprecisa, indeterminada a veces, esta confianza se mantenía, pero disminuyó hasta casi extinguirse cuando nos percatamos de que el general Franco continuaba, no tanto por su voluntad y firmeza o por sus amenazas, como por ser una pieza necesaria para los planes de los aliados.

Aunque después quizá insista en ello —no sé si volverá a surgir—, quiero adelantar que durante un año o año y medio por lo menos, muchos de los jóvenes derrotados, los que no nos fuimos y estábamos en libertad, vivimos de la ayuda de nuestras familias, dedicándonos al estudio y sin demasiadas esperanzas en tener un puesto cómodo en una sociedad casi exclusivamente definida por la clasificación política.

Mucho habíamos visto en este sentido durante la guerra y mucho habíamos remediado, pero apenas era comparable con lo que veíamos después del triunfo de los nacionalistas. Se era rojo o azul. Rojos clasificados como tales había muchos, pero que lo dijesen o no lo negasen, muy pocos. Quiero



José M. Gil Robles y Quiñones.

decir que los que no ocultábamos nuestro pensamiento teníamos poquísimas posibilidades de salir adelante. Sin embargo, recuerdo ese período como una etapa muy grata, de lecturas y conversaciones ocultas, de pasarnos papeles con el sentimiento de que hacíamos algo de extrema importancia cuando en realidad era muy poco o muy poca nuestra contribución a que cayera el régimen de Franco. Sobre todo, recuerdo aquella época como de privacidad casi absoluta. Me parece que los que entienden bien lo que la vida privada son los que han sido vencidos y apenas tienen espacio para llevar una vida pública: horas de lectura en el Ateneo y muy poco esparcimiento alguna vez que otra al cine, pocas posibilidades de comprar libros y largas veladas en familia, sentados alrededor de una mesa y de un brasero que nos calentaba, leyendo hasta pasada la medianoche, cada cual enfrascado en su libro y quizá metido en sus propios temores e inquietudes y también en su propio fracaso. El hecho es que tiene mérito, y a mi juicio grande, que muchos de los jóvenes derrotados salie-

ramos adelante y nos mantuviéramos firmes en nuestros convencimientos. Menos mérito tenían los adultos. La actitud de los jóvenes, como suele ocurrir, era más digna. La condición de éstos resultaba menos propicia a la concesión y más capaz de sobrellevar una vida cuya hostilidad vemos impuesta. Eramos capaces de esta actitud y la sostuvimos bastantes, quizá porque no encontrábamos más que hostilidad, hostilidad y miedo. Al terminar la guerra se instauró el reinado del miedo y la mayor parte de la población vencida temía. Se temía mucho en Madrid pero más que se temía, quizá, en provincias. En Soria, de donde tengo mis mejores datos y razones para opinar con más acierto, el temor era grande, porque la represión innecesaria había sido extremadamente dura. Poco a poco, lentamente nos fuimos rehaciendo y nuestra vida, no la de todos pero sí de bastantes de nosotros, ha sido un esfuerzo porque no se hundiese por completo lo que con nosotros llevábamos de ilusión y esperanza. Lo único que merece la pena citar en mérito de los que dentro de España estuvimos años y años sin hacer apenas otra cosa que esperar, es el haber sabido esperar sin entregarnos psíquicamente a lo inmediato por falta de confianza en el futuro. Nos mantuvimos y sólo ese hecho es meritorio.

Haber conservado el optimismo y los convencimientos entre tantas dificultades, venciendo la decepción provocada por la derrota, es algo rigurosamente asombroso. Por mi parte, además de los convencimientos, fue la visión de las gentes modestas, su afán de trabajo, el inmenso espíritu de sacrificio, el esfuerzo permanente por sacar a los hijos adelante y, como una luz perdida en el fondo de todos los deseos y acontecimientos, el ansia de poder expresarse, decir sus pensamientos y defender sus intereses.

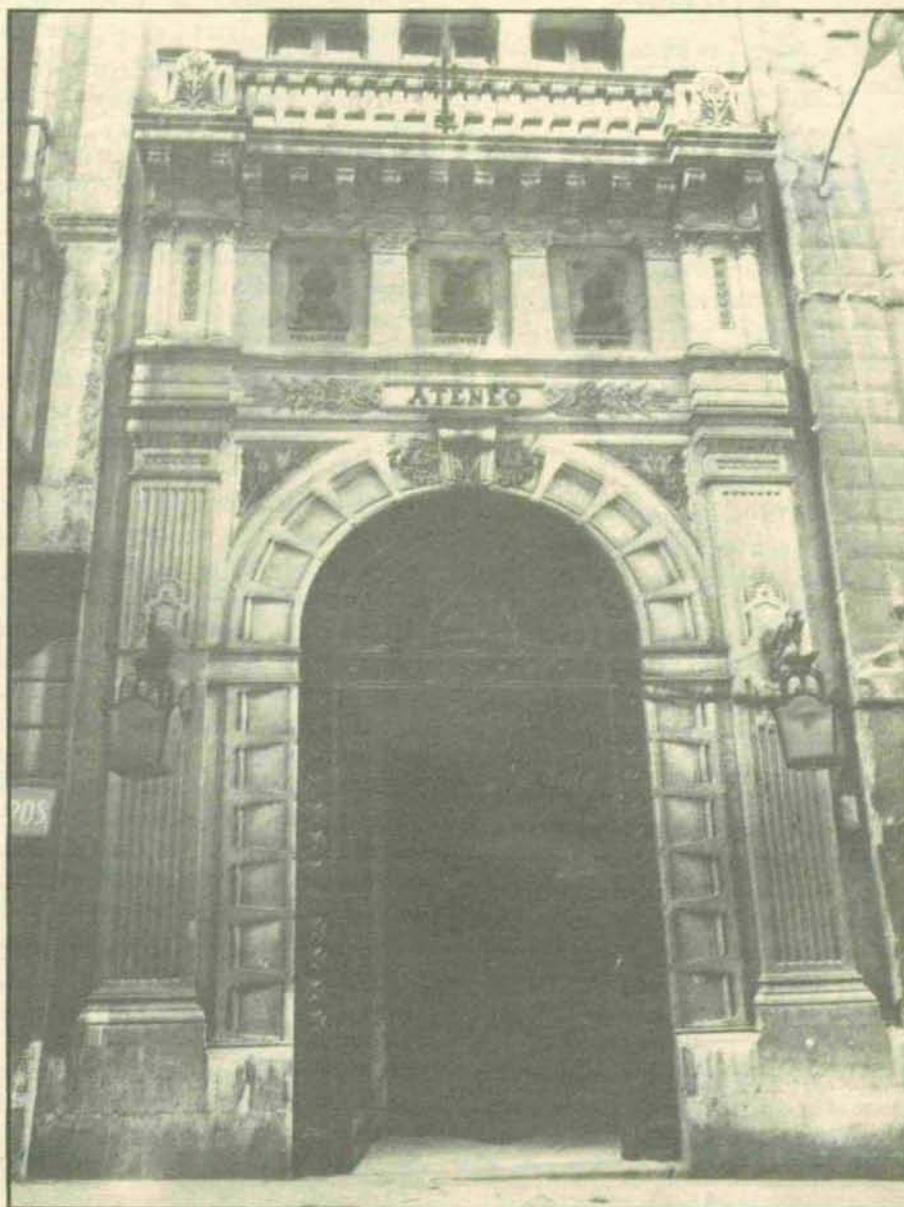
Recuerdo uno de esos hechos incidentales que no se olvidan nunca y que están siempre como hijos en el camino de la vida de cualquier persona. Hacia el año 42, en la plenitud del hambre colectiva, comiendo pan negro y duro, sin posibilidades de empleo o colocación para la mayor parte de los españoles vencidos, recuerdo que estaba en la estación de Antón Martín una mañana, sin que sepa ahora qué iba a hacer allí, quizá camino del Ateneo. Me senté un momento en uno de los bancos, esperando el tren. Junto a mí, en el banco, estaba una pareja que componían un padre y su hijo. El padre delgadísimo, moreno, de corta estatura, pero con un aire de viveza y energía sorprendente y con algo honrado en las facciones, que transmitía confianza. El chiquillo no tendría más de nueve años, también delgadísimo, se cogía con las dos manos en el borde del banco como si estuviese dispuesto a saltar en cualquier momento y marchar a hacer algo urgente. Yo, que estaba cansado, dejé pasar un par de trenes y mis acompañantes también. Al cabo, el padre, con voz tranquila, persuasiva y sin el menor matiz de humildad, me dijo: «¿Me puede prestar algún dinero? No tenemos trabajo. Mi mujer, un chico más pequeño y éste y yo hemos salido a ver si encontramos quehacer. No tenemos comida para hoy.». Yo llevaba en el bolsillo —nunca he usado cartera— un billete de 25 pesetas, que era cuanto podía gastar hasta que al día siguiente me volvieran a dar dinero mis padres. Llevé la mano al bolsillo del chaleco, saqué el billete y se lo di. Ahora que lo pienso debió ser un gesto natural que a ellos debió parecerles absolutamente lógico. Me fui sin hablar palabra y, por uno de esos azares que no se dan con frecuencia, al cabo de un mes o mes y medio, los vi pasar por la calle de Blasco de Garay y empujando con denuedo los

dos, padre e hijo, un carrito de mano en el se amontonaban unos muebles. El padre no me vio, pero el chico sí, y me hizo un gesto alegre y amistoso con la mano. Siempre que me piden un favor recuerdo el gesto de aquel muchacho y la pareja que formaba con su padre, como si fuese un símbolo universal de solidaridad y desgracia y, si puedo hacerlo, no dudo un instante. La miseria, la privación o la escasez también ayudaron a muchos a mantenerse sin claudicar.

Sin que alcance a explicar del todo el porqué, aquello me pareció un símbolo. Todas las gentes humildes trabajaban empujando su carro de mano, aspirando a llegar a más soportando el peso de la derrota, ya que la guerra fue la gran derrota de los que trabajaban sin utilizar a los demás y esperando, por otra parte, que la historia representada poco a poco por algunas gentes que aceptaron ese papel les ofreciera otra vez la oportunidad de decidir por sí mismos en algunos de los puntos esenciales que tocaban a sus intereses y a sus ideas. Con este y otros ejemplos se reanimó mi confianza en el pueblo tenaz, silencioso y honrado, con el que me sentía satisfecho y en el fondo igual, y eso me ha mantenido optimista hasta hoy. Sobre cualquier pesimismo está esa confianza profunda, irrompible, en lo que vagamente llamamos pueblo, pero que está compuesto por nosotros. Eso me llevó en su día a fundar un partido popular y hoy —y creo que igual será mañana— a posiciones de intransigencia en lo que se refiere a jugar con la confianza de los demás, o intentar ejercer una pura y simple administración sobre ilusiones que no se pueden administrar desde una oficina o a través de las relaciones de un aparato político. Sólo se pueden administrar las ilusiones adentrándose en la ilusión, participando de ella y corriendo con los peligros que cualquier ilusión, cuando es

colectiva y tiene carácter político social, lleva consigo. Al fin y al cabo, la guerra me enseñó a mantenerme en actitudes firmes, también me enseñó paciencia, me entrenó para soportar, y me alejó de la deslealtad o del engaño. Sin embargo, el período franquista educó a mucha gente para el engaño, para el ofrecimiento sin base, para los discursos vacuos dirigidos a gentes que van a escuchar deseosas de creer, y torció el espíritu y la mente de muchos jóvenes. Quizá por mi condición de profesor creí —y desde entonces lo creo así— que lo más perentorio de la política es educar para la rectitud y el entusiasmo a los

jóvenes que están empezando; porque cualquier desmayo en este quehacer es un retroceso de decenios en el proceso de la Historia de un pueblo. Cuando vemos la Historia compuesta de vacíos que se alternan con períodos llenos, o dicho en otras palabras, como un discontinuo cultural, cometemos el error de no apreciar el fundamento que se contiene en un término que hoy se emplea poco pero que es insustituible; me refiero al término "progreso". La guerra, y sobre todo el perder la guerra, aumentó en muchos de nosotros, los jóvenes que luchamos por nuevas ideas y nuevas instituciones, la fe en el progreso. ■
E. T. G.



Fachada del Ateneo de Madrid.